



# Miguel Ángel Flores: de la amistad y la poesía

Moisés Elías Fuentes

CUANDO UNO LO CONOCÍA, difícil era vislumbrar en ese poeta de plática sosegada al viajero con miles de kilómetros recorridos para impartir conferencias y cátedras lo mismo en la Universidad de Columbia en Nueva York que en la Universidad Nova de Lisboa o en la Escuela de Economía de Praga, así como al diplomático que representó a México en diversas capitales, o al licenciado en Economía, egresado del Instituto Politécnico Nacional, que se dedicó de tiempo completo a la investigación y a la enseñanza de Literatura en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Difícil vislumbrar en ese poeta de gestos austeros a Miguel Ángel Flores, hombre que supo labrar, en el transcurso de 69 años, varias vidas, todas plenas y provechosas.

Tuve oportunidad de conocerlo personalmente hacia agosto de 2009, por intermedio del poeta José Vicente Anaya. Hacia 1989, Flores seleccionó y prologó, para el Fondo de Cultura Económica, una antología poética del nicaragüense Salomón de la Selva, por lo que de tiempo atrás quería conversar con él sobre dicha publicación y, sobre todo, del prólogo en el que, con un mínimo aparato crítico, dibujó un retrato agudo del centroamericano.

Para situar a nivel histórico *El soldado desconocido*, libro axial del viejo escritor nicaragüense, Flores resumió los acontecimientos que desencadenaron la Primera Guerra Mundial, lo que le condujo a la siguiente reflexión:

No fueron pocos los poetas de importancia que marcharon al frente de batalla. Entre la multitud alcanzamos a distinguir el rostro de un joven nicaragüense, cuya importancia será doble para la poesía en lengua española: es el único en entregarnos una visión directa de la guerra e inaugura entre nosotros una poesía que incorpora a su construcción los hallazgos de la vanguardia. A la aspereza de la guerra corresponde un verso prosaico, una

dicción austera, que van a conformar los rasgos de la antipoesía, producto de la Gran Guerra, que escribieron Trald, Benn, Hulme, Owen, y que desconcertó mucho a sus lectores contemporáneos.<sup>1</sup>

Las palabras de Flores me llevaron a leer *El soldado desconocido* con toda su fuerza y todo su valor, y atisbé, por fin, la profundidad de su canto, desolado ante la irreversible evidencia de los delirios autodestructivos del ser humano. Después de aquella primera charla con el poeta, pocas veces pudimos reunirnos, pero en cada ocasión me brindó la perspicacia de su inteligencia, la fina ironía de su humor. En una de esas reuniones me obsequió un ejemplar de su traducción de *Un corazón bajo la sotana*,<sup>2</sup> único relato conocido de Arthur Rimbaud.

La lectura de la narración, *rara avis* en la breve producción literaria de niño maldito francés, me develó la plasticidad que Flores imprimía a sus traducciones. Gracias a esa plasticidad, entreví en esa prosa febril y afligida, los desesperos de Rimbaud, rebelde feroz ante una moralidad religiosa falsaria que oprimía la pureza del amor verdadero:

¡Estaba descalificando mi poema, escupiendo sobre mi rosa! Para envilecer, para ensuciar, para mancillar ese canto virginal. Farfullaba y prolongaba cada sílaba con una risa burlona de odio concentrado y cuando hubo llegado al quinto verso —¡Virgen encinta!— se detuvo, se restregó la nariz, y estalló: ¡Virgen encinta! ¡Virgen encinta! Lo decía con un tono horrible, frunciendo, estremecido, su abdomen prominente, con un tono tan horrible, que un púdico rubor cubrió mi frente. Caí de rodillas, los brazos hacia el techo, y grité: ¡Oh, padre!...

<sup>1</sup> Salomón de la Selva, *El soldado desconocido y otros poemas. Antología*, selección, introducción y bibliografía de Miguel Ángel Flores, colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

<sup>2</sup> Arthur Rimbaud, *Un corazón bajo la sotana. Intimidaciones de un seminarista (Un coeur sous une soutane. Intimides d'un séminariste)*, presentación y traducción de Miguel Ángel Flores, colección Numen, Almaqui Editores, México, 2012.

Si Miguel Ángel Flores como traductor tenía gran sentido de la plasticidad fue porque el poeta Flores tenía una aguda y puntual idea del movimiento. Imágenes, metáforas y antítesis se caracterizan, en su poesía, por ser ágiles y flexibles, libres del rebuscamiento academicista que más de una vez contamina y malogra la poesía contemporánea.

Tal libertad rítmica es la que se advierte y se disfruta en *Yo, cuervo*,<sup>3</sup> largo poema dividido en sesenta y ocho estrofas que el poeta, con gran sentido de la ordenación gráfica del texto, distribuyó en sesenta y ocho páginas, de tal manera que las estrofas pueden leerse como un solo poema o como poemas individuales que discurren sobre un mismo tema, lo que deviene una lectura dúctil pero no dispersa, sino concéntrica. Dice la segunda estrofa:

Y los cuervos llegan  
Al sol de tu reflejo  
En el muro de espejos  
que devuelven lo añejo  
a la caverna del sueño  
conozco los cuervos  
y los cuervos llegan

Casi carente de signos ortográficos (puntos, comas, puntos suspensivos, guiones), el poeta apenas orienta a los lectores con el uso de las mayúsculas y las minúsculas iniciales en los versos, por lo que uno debe construir la rítmica de las estrofas, que a ratos engañan con su brevedad, equívocamente inofensiva.

Por otra parte, las estrofas se responden y extienden unas a otras, de modo en apariencia arbitrario, toda vez que las respuestas se presentan de forma alternada y no continua. Así, es la cuarta estrofa la que responde y extiende la imagen de la segunda estrofa, de este modo:

Y los cuervos llegan  
Sueña tu voz el ritmo del remo  
El río sin clarín del día  
Tarde son de música en blanco  
Y a la pista del río cuervo condenado

<sup>3</sup> Miguel Ángel Flores, *Yo, cuervo*, colección Numen, Almaqui Editores, México, 2012. Las citas del poema provienen de la edición susodicha.

La concepción del cuervo como emisario de la muerte es el punto de partida del largo poema, pero no punto de llegada, porque el poeta eludió con habilidad el reduccionismo de la exaltada y abominada ave. La estrofa once señala con redundancia irónica:

Cuervo es  
Y cuervo ennegrecido

Pero si esto señala la anterior estrofa, más adelante, la estrofa veinte nos corta el paso con esta imagen, a un tiempo esperanza y deseo de esperanza:

Sale a azul del día  
Borriones de bosque  
Y en isla de lluvia llovida  
A la asciende  
Profecía que no memoria y arde

La dedicatoria que acompaña el ejemplar que tengo de *Yo, cuervo*, dice a la letra: “Para Moisés Elías, este canto cuasi cacofónico y la amistad de Miguel Ángel Flores”. Autocrítico hasta en las dedicatorias, el poeta calificaba así al poema, y tenía razón, pero se trata de una cacofonía nutrida en las fuentes de las vanguardias (pienso en Rilke, Pessoa, Vallejo, Neruda). Es la cacofonía que revitaliza y rehabilita a los idiomas.

Las palabras que conforman esa dedicatoria están fechadas en febrero de 2014. Al releerlas para escribir estas líneas comprendo de golpe que no anda más por estos lares, que no volveremos a entablar una agradabilísima charla, animada por sus elegantes ironías, en la cafetería de la librería “Octavio Paz” del Fondo de Cultura Económica, y tampoco disfrutaremos de nueva cuenta unos buenos tragos y una mejor conversa en el bar “Nuevo León”, como alguna vez hicimos en compañía del poeta Bernardo Ruiz.

Se fue el poeta, pero no lo vamos a llorar, que nos dejó, en prenda de afecto, fructuosas pláticas, la amistad generosa y sin melindres, sus refinadas traducciones y sus perspicaces críticas y, sobre todo, las alas de sus cuervos, para que reconozcamos y sepamos guardarnos de las cacofonías estériles. ¡Un abrazo, poeta! 🐺